



EDITORIAL

Editorial

STELLA SCHRÖEDER ¹

Hacia un Urbanismo Resiliente e Inclusivo

El avance implacable del crecimiento urbano y los desafíos globales contemporáneos han colocado a nuestras ciudades en el epicentro de las problemáticas del siglo XXI. Más de la mitad de la población mundial vive en áreas urbanas, y esta cifra sigue en aumento, presionando a los sistemas sociales, económicos y ambientales. Sin embargo, las ciudades también representan una oportunidad única para fomentar el desarrollo sostenible. Para aprovechar esta oportunidad, es crucial contar con directrices claras y requisitos específicos que se adapten a las necesidades locales.

Chile, con su geografía única y una historia marcada por desastres naturales, se encuentra en una posición singular para reflexionar sobre los retos del urbanismo moderno. Desde terremotos y tsunamis hasta sequías e inundaciones, el país ha demostrado una notable capacidad para responder a emergencias. Sin embargo, el enfoque tradicional reactivo ya no es suficiente. El futuro exige ciudades que no solo puedan resistir adversidades, sino también adaptarse, transformarse y prosperar en un contexto de cambio constante. Este es el eje de la resiliencia urbana, un concepto que va más allá de la mera resistencia para incluir la capacidad de transformación y adaptación ante la incertidumbre.

En este marco, Chile ha comenzado a implementar marcos normativos como la Ley 21.364 sobre prevención y respuesta ante desastres. Esta legislación establece una base para la acción local, pero su implementación efectiva requiere un enfoque integral que combine infraestructura resiliente, educación comunitaria y planificación territorial informada por datos. Un ejemplo destacado es Nonguén, un barrio de Concepción, donde las políticas públicas unidimensionales y mal evaluadas han perpetuado vulnerabilidades en lugar de mitigarlas. Este caso evidencia la necesidad de que las intervenciones urbanas no solo reparen lo dañado, sino que también transformen los territorios en espacios más equitativos y sostenibles.

La gestión del riesgo no es el único desafío. Las desigualdades estructurales también configuran nuestras ciudades y afectan la calidad de vida de sus habitantes. Santiago de Chile enfrenta profundas disparidades en el acceso a servicios básicos como la educación preescolar. La distribución desigual de la oferta educativa, influenciada por factores económicos como el valor del suelo, perpetúa un ciclo de desigualdad que limita las oportunidades de las comunidades más vulnerables. Esta problemática no se limita a la educación, sino que también afecta a otros grupos, como los adultos mayores, cuya distribución geográfica refleja una falta de planificación urbana adaptativa para esta creciente población.

A pesar de estos retos, los espacios públicos tienen el potencial de actuar como catalizadores de cambio positivo. La investigación en La Reina Alta, en Santiago, destaca cómo los espacios públicos resilientes pueden abordar riesgos geológicos mientras fomentan la cohesión social. Más allá de su función recreativa, estos espacios pueden servir como puntos de encuentro que fortalecen las relaciones comunitarias y promueven la equidad. Invertir en su calidad y accesibilidad no es un lujo, sino una necesidad para garantizar la cohesión social y el bienestar colectivo.

¹ Doctora Arquitectura y Urbanismo
Académica e investigadora del Departamento de planificación y diseño urbano, Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño
Editora Revista Urbano.
Universidad del Bío-Bío, Concepción, Chile.
<https://orcid.org/0000-0001-8591-2719>
sschroeder@ubiobio.cl

DOI: <https://doi.org/10.22320/07183607.2025.28.51.00>

Figura 1, 2 Mercado Arica. Fuente: Ignacio Sáez. 2018

El análisis de casos internacionales aporta perspectivas valiosas. En Ibagué, Colombia, un estudio sobre caminabilidad demuestra cómo la calidad de la infraestructura peatonal influye directamente en la salud y el bienestar urbano. Del mismo modo, el proyecto comunitario „Camino al Barrio“ en Cali refuerza la importancia de la participación ciudadana en la transformación de los espacios públicos. Estas iniciativas evidencian que el diseño y la gestión de estos espacios son herramientas esenciales para construir ciudades resilientes e inclusivas.

La tecnología y la innovación también juegan un papel crucial en este proceso. Herramientas avanzadas como los sistemas de información geográfica (SIG) y los modelos computacionales están redefiniendo nuestra capacidad para comprender y abordar los problemas urbanos. En Ecuador, el uso de SIG permitió mapear vulnerabilidades climáticas y diseñar soluciones basadas en datos, mientras que, en Irán, las tecnologías avanzadas ayudaron a evaluar la calidad de las aceras urbanas. Estas metodologías no solo mejoran la precisión del análisis, sino que también democratizan la planificación al hacer que la información sea accesible para todos.

Sin embargo, la tecnología por sí sola no puede resolver los problemas urbanos. Su efectividad depende de cómo se integre en un enfoque holístico que combine innovación técnica, gobernanza participativa y planificación estratégica. Es esencial adoptar un enfoque proactivo que prepare a las ciudades para futuros escenarios de cambio e incertidumbre.

El concepto de resiliencia urbana, como se desprende de los estudios presentados, trasciende la simple capacidad de resistir shocks. Se trata de construir ciudades que puedan adaptarse y prosperar en un panorama dinámico. Esto exige un compromiso con la equidad, la sostenibilidad y la innovación, así como una participación ciudadana activa. Las soluciones no pueden ser impuestas desde arriba; deben surgir de un diálogo continuo entre gobiernos, comunidades y expertos, reconociendo la diversidad de necesidades y perspectivas que configuran nuestras ciudades.

El futuro de las ciudades chilenas, y de las urbes del mundo, dependerá de nuestra capacidad para abordar estos desafíos con creatividad y colaboración. Las políticas públicas deben ir más allá de soluciones superficiales y fragmentadas, adoptando enfoques integrales que reflejen las complejidades de la vida urbana. Invertir en espacios públicos, reducir las desigualdades estructurales y fortalecer las capacidades locales no son objetivos aislados, sino componentes esenciales de una visión más amplia de sostenibilidad y resiliencia.

Las ciudades deben ser vistas no solo como espacios físicos, sino como ecosistemas vivos, interconectados y profundamente influenciados por nuestras decisiones. Este enfoque holístico no solo permitirá enfrentar los retos del presente, sino también construir un legado para generaciones futuras. La resiliencia debe ser un esfuerzo colectivo que integre justicia social, sostenibilidad ambiental e innovación tecnológica en un marco integral. Los estudios presentados en esta edición ofrecen una hoja de ruta clara hacia este objetivo.

